

Releyendo la Historia Literaria de El Salvador

Ricardo Roque Baldovinos

roque@comper.uca.edu.sv

Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

Resumen

Estudia la manera cómo en el último tercio del siglo XIX y la primera mitad del XX se comenzó a construir el canon estético de la literatura salvadoreña. Tomando como punto de partida los trabajos de Román Mayorga Rivas, Juan Felipe Toruño y Luis Gallegos Váldez, el autor analiza los presupuestos teóricos y culturales que condicionaron sus trabajos sobre la literatura salvadoreña, a la vez que demuestra sus contradicciones.

Al final plantea la necesidad de replantear la discusión en torno al carácter de nuestra literatura, partiendo de las condiciones particulares en que esta se va desarrollando, de tal manera que dejemos de depender de modelos que difícilmente se adaptan a nuestra realidad.

Introducción

Trataremos a continuación de exponer los orígenes, puntos de partida y presupuestos no confesos de la historia de la literatura en El Salvador. Nuestra historiografía literaria no nace de la nada, se inscribe en una tradición que es a la vez Occidental y Latinoamericana; Occidental en tanto que el positivismo es la perspectiva teórica que le da ímpetu y estructura. A la vez, es Latinoamericana porque de esta parte del Atlántico la invención de la tradición durante los siglos XIX enfrentará una dificultad muy especial que es la de cómo reapropiarse del pasado en el momento en que se está en lucha frontal contra quienes lo esgrimen como bandera. Es necesario entender estas determinaciones antes de pasar a explicitar los puntos de partida del presente esfuerzo de reconstrucción del acontecer histórico de la literatura en nuestro país.

Liberalismo e historiografía literaria en América Latina

Las literaturas nacionales latinoamericanas quedan constituidas hacia finales del siglo XIX.¹ Fieles a su modelo europeo (principalmente francés), pretenden configurar una identidad nacional fabricando una identidad cultural homogénea desde la perspectiva —es decir desde el sentir, las experiencias y los intereses— de las élites que asumieron la organización y la conducción de los estados nacionales a través del turbulento sendero de la modernización.

En Latinoamérica toda, la consecución de esta ambición deberá enfrentar dificultades bastante peculiares. A diferencia de su contraparte europea, los estados nacionales latinoamericanos no pueden deslindar una lengua propia como elemento aglutinante de una identidad propia. La lengua, al menos

1 Esta reflexión está extraída principalmente de Beatriz González Stephan. **Historiografía Literaria del Li-**

beralismo Hispanoamericano del Siglo XIX. La Habana: Casa de las Américas, 1987.

para los liberales, viene a ser más bien una fuente de incomodidad. Legítima a los conservadores al establecer una comunidad lingüística entre las colonias y su antigua metrópolis. Además, como si esto fuera poco, marca límites internos, respecto de considerables contingentes de población que no son hispanoparlantes.

El paso audaz que dan las élites criollas, liberales y letradas, de romper simbólicamente con la 'tradicción' española, por un lado, y descartar, por el otro, los incipientes esfuerzos de apropiación del pasado precolumbino, sólo se puede comprender en virtud del prestigio que ejerció sobre ellos el desarrollo de las nuevas doctrinas históricas europeas. La visión providencial secularizada contenida en la *Filosofía de la Historia* de Hegel era la propuesta más coherente de la emergente burguesía europea.² Esta filosofía de historia opera como legitimación en el plano filosófico e historiográfico, del nuevo orden económico y político internacional hegemonizado por las potencias europeas.

Desde antes de la Independencia, la necesidad de integrarse al mercado internacional y la promoción de políticas librecambista formó parte importante de la agenda política de los criollos liberales. Su proyecto de estado, por lo tanto, se promueve en términos de identificar progreso y bien común, y este último con la inserción en nuevo rumbo concertado por las potencias más avanzadas de Europa. El relato histórico hegeliano al vaciar a los 'nuevos' continentes de historia y al ver en Europa, y muy especialmente en los países germánicos, la culminación del desarrollo del Espíritu Universal se presentaba como el mito *ad-hoc* para el grupo en ascenso en cuestión. Pero al apostarle su destino al de las naciones más adelantadas de la tierra, los dirigentes de las nue-

vas naciones latinoamericanas caen víctimas de su propia trampa ideológica. Implícitamente se condenan a aceptar su marginalidad y subordinación con respecto a los nuevos centros de poder.

Estas piruetas ideológicas, aunque útiles para ciertos propósitos, tienen un alto precio que se traduce, en el plano ideológico, en las dificultades que deberán enfrentar los nuevos dirigentes al querer conformar una fisonomía propia, una personalidad creíble hacia adentro y hacia afuera. ¿Cómo se puede construir una identidad si, al asumir que el nuevo Mundo carece de Historia, se le ha vaciado de su propio pasado, de su memoria? Porque las soluciones más lógicas a la mano, no funcionan en este relato histórico. España y sus productos culturales aparece como la otra Europa, el antiguo régimen, el oscurantismo dogmático y retrógrado, cuyo futuro se había desgastado definitivamente. Por razones análogas, se abandona el proyecto de apropiación del pasado indígena, por otra parte, a pesar de que esta práctica gozó de adeptos muy entusiastas ya desde el siglo XVIII.³

El pensamiento liberal que inspira la constitución de los estados nacionales latinoamericanos en el siglo XIX se enfrenta a una debilidad inherente, que se manifestará en serias dificultades para imaginar sus propias naciones y, por lo tanto, para sedimentar sus propias literaturas. No será sino hasta la segunda mitad del siglo XIX que en la mayoría de naciones latinoamericanas se estabilizan las respectivas historias literarias. Para entonces, ya se tiene una perspectiva más distanciada y un acervo de producción literaria post-independentista a partir de la cual se puede organizar la trama de una narración del desarrollo del espíritu nacional viable para los estados en formación. Sin

² González Stephan, Op. Cit.

³ Es así como lo indígena se seguirá percibiendo como una fuente de heterogeneidad peligrosa, como un polo

de barbarie al que se tiene que eliminar en el proceso 'civilizador'.

embargo, muchas premisas del pensamiento historiográfico liberal continuarán funcionando. Son fácilmente detectables en la tendencia construir el desarrollo literario latinoamericano en relación mimética con los procesos culturales europeos y, consecuentemente, en su incapacidad de dar cuenta de la especificidad de sus propias realidades culturales y literarias.

El caso de El Salvador

Lo que hemos expuesto hasta aquí sólo se agudiza al examinar el caso salvadoreño. Los intentos por sistematizar y apropiarse del acervo literario nacional son apenas incipientes a finales del siglo XIX y sólo tendrán sus primeras expresiones extensas y sistemáticas hasta muy entrado el siglo siguiente. De esto se puede deducir que la formulación de un canon literario nacional en términos de desarrollo histórico es un proceso, a primera vista, tardío aun en comparación con la de otros países latinoamericanos. Las primeras antologías datan del último cuarto del diecinueve, la más notable es la del nicaragüense Román Mayorga Rivas, *Guirnalda Salvadoreña*, cuyo tercer y último tomo se publica en 1886. Esta antología es prácticamente la única fuente para el estudio de la poesía salvadoreña anterior al modernismo. Se comenzó a publicar en periódicos y revistas; el formato del libro se publicó con patrocinio estatal.

Si bien Juan Ramón Uriarte publica en el primer tercio del veinte un artículo donde intenta sistematizar la producción literaria hasta ese momento, la primera historia literaria que merece tal nombre se publica hasta en la segunda mitad del siglo XX

(Toruño, J. F. *Desarrollo Literario Salvadoreño*, 1957)⁴. En el intervalo, es cierto que hay muchos trabajos historiográficos consignados en revistas (El Repertorio, Ateneo, etc.) y otras publicaciones periódicas (páginas literarias de los distintos diarios), pero ninguno logra mayor envergadura.

No es casualidad que la primera historia literaria extensa se publique en la década de 1950. Por estos años, vemos la primera política cultural moderna e integral del estado salvadoreño, donde se intenta fundar verdaderas instituciones y dejar atrás los mecenismos más o menos velados de mecenazgo privado de figuras públicas. En este esfuerzo por recuperar, difundir y potenciar la literatura nacional tiene un rol protagónico la Dirección Editorial del Ministerio de Cultura, dirigida en esos primeros momentos por el escritor Ricardo Trigueros de León. A través de un esfuerzo editorial ambicioso, Trigueros de León y su equipo de colaboradores delimitan los cauces de la literatura nacional salvadoreña. A partir de allí, la tarea de historiar se vuelve más viable.

Fijando el Canon

Las historias literarias de Toruño y Gallegos Valdés, de 1957 y 1958 respectivamente, fuera de sus diferencias, evidencian la existencia de un corpus canónico bastante completo, el cual aparece cronológicamente organizado y que no dista significativamente del que ha sido diseminado mediante los programas oficiales elaborados por el Ministerio de Educación. Precipitado sería suponer que estos dos autores elaboran por sí mismos el canon de la literatura nacional.⁵ Ambos textos suponen y parten una cierta praxis crítica

4 Juan Ramón Uriarte, «*Síntesis Histórica de la Literatura Salvadoreña*», Páginas Escogidas, San Salvador, 1939.

5 De hecho, debe tenerse en cuenta que el Canon dista

de ser algo necesariamente fijo y compacto. Es constantemente reformulado y reconstituido en la práctica crítica y docente.

ca, que por muy restringida que pueda haber sido, ha coadyuvado en este proceso. Sin embargo, no es gratuito que el libro de Toruño reciba el premio nacional de Cultura en 1957. A través de este reconocimiento, se rubrica su carácter de hito en la fijación del canon literario nacional.

Lo primero que llama la atención es que los relatos histórico-literarios de Toruño y Gallegos Valdés subsumen dentro de la narración histórica liberal la reivindicación de lo autóctono, es decir de una identidad nacional propia y distintiva. Probablemente esta sea una tendencia que se pueda detectar en muchos autores del siglo pasado. Pero en 1950, esta situación provoca connotaciones distintas. En primer lugar, la reivindicación de lo autóctono no se puede desligar de la insurrección y el etnocidio de 1932. Por la misma razón, la bandera del optimismo histórico liberal ya no puede ser vista de manera inocente. La salida de este atolladero se plantea entonces mediante un desplazamiento de la 'reivindicación de lo autóctono' de la esfera de lo político a lo meramente retórico y especulativo. De esta forma se vuelve a recurrir al *Volkegeist* de los románticos, sólo que vaciado de todo contenido reivindicativo. De igual forma, la actividad intelectual literaria, vista como expresión de este espíritu, será representada como removida hacia la pura auto-referencialidad.

Estas primeras formulaciones histórico-literarias reproducen fielmente los modelos más clásicos de la historia literaria. La presentación de un desarrollo lineal donde las rupturas se disuelven en sucesiones de etapas históricas o de generaciones promueve una visión de la historia afín a los proyectos desarrollistas del estado. En las siguientes líneas discutiré la propuesta historiográfica

de Toruño, la cual se presenta como un intento deliberado por representar el 'desarrollo literario salvadoreño'. El tono apasionado y polémico con que está escrita permite develar con mayor comodidad sus premisas ideológicas. La formulación de Gallegos Valdés, en cambio, dentro de su tono más comedido y su pasión por la exactitud y precisión del dato, da una apariencia de mayor 'objetividad'; sin embargo, no resulta difícil demostrar que es en buena medida subsidiaria de la anterior; tanto en la selección y organización del material, como en el sentido que dota a su narración histórica.⁶

Toruño propone estudiar el 'desarrollo literario salvadoreño' en cinco períodos:

- 1- Antecedente aborigen o precolombino.
- 2- De la conquista y la colonia hasta el comienzo del siglo XIX.
- 3- Pre-independencia e independencia.
- 4- Post-Independencia, Romanticismo y pre-Modernismo.
- 5- Modernismo y tendencias Ultra-modernas-Vanguardia.

Gallegos Valdés, pese a no utilizar un criterio exclusivamente cronológico para organizar su texto (hay varios capítulos que enumeran a autores por género), mantiene básicamente el mismo esquema. Llama la atención de esta manera de organizar el desarrollo de la literatura que, mientras las tres primeras etapas siguen obedecen a criterios históricos, las dos últimas obedecen a criterios estéticos. Esto ya es de por sí indicativo del sentido que los autores le están imprimiendo a su relato histórico. El desarrollo de la literatura significa precisamente una separación de la esfera de lo literario de las esferas

⁶ De hecho, lo que crea una impresión de mayor objetividad es la apariencia de esta historia de estar organizada narrativamente. Mientras Toruño dedica amplias pági-

nas a describir las transiciones de un período al otro y el sentido de ciertos eventos, Gallegos Valdés es mucho más parco.

de lo histórico y lo político. La diferencia más notable entre ambas propuestas consiste en que, Toruño acude a la noción de movimiento literario (casi siempre definido desde Europa); mientras Gallegos Valdés ocupa más consistentemente la noción de 'generación'. (195)

El problema de la representación de lo 'autóctono' dentro de la literatura y de la periodización del pasado pre-colombino es sintomático de la forma en que se resuelve la contradicción más importante del proyecto de estado-nación, en general, y del desarrollismo, en particular. Me refiero a la marginalización de dicho proceso de grandes sectores de la población, y la incapacidad de producir las condiciones reales que permitan la integración pregonada desde la ideología del mestizaje. De allí que más que cultura sincrética se produzca, dentro de las élites intelectuales, una identidad esquizoide que es síntoma de la inviabilidad de su proyecto nacional. Para Toruño, el período pre-colombino es un 'antecedente' En otras palabras, «podría eliminarse; más es importante como contribución y juicio respecto a la producción indígena y para mostrar la raíz de la rebeldía cuzcatleca». (12)

Esta 'rebeldía' que alude a hechos muy concretos en la historia de la resistencia de distintos grupos subalternos frente al colonialismo y a las élites de poder se resemantiza más adelante para construir una esencia nacional 'laboriosa' y 'dinámica', es decir apropiada a una ética del desarrollo. Esta estrategia retórica tiene hasta estos días mucho uso dentro del discurso de los medios de comunicación y de la propaganda oficial. Gallegos Valdés, por su parte, despacha este problema de manera más tajante, le basta decir que «no queda nada escrito» (11) para concluir que no hay literatura. Es decir, la ausencia de escritura constituye la marca

más evidente de una evidencia de cultura literaria que merezca recordarse.

En lo referente al período colonial sí encontramos diferencias entre los autores. Para Toruño es el período de los «arranques literarios de El Salvador». (12) Este es el momento del ingreso del país en la historia: «Jlegaban... con audacia y ambiciones dinámicas, para explotar las abundantes riquezas, y para someter al sujeto de supersticiones, sin conciencia de la civilización e ignorante de sistemas evolutivos». (57-58) En las cerca de cuarenta páginas que se dedican a exponer este período, se incorpora a cuanto ser humano que pisó suelo de lo que sería algunos siglos más tarde El Salvador y publicó algunas líneas. Así, Toruño se ingenia la categoría de: «Figuras Literarias que estuvieron en San Salvador». Esta sección se inicia señalando que: «Formando parte del reino de Guatemala El Salvador, a éste llegaron poetas cuyos nombres trascendieron a la universalidad por haber sido elogiados por Don Miguel de Cervantes y Saavedra». (63)

Este es el caso del poeta andaluz Juan de Mestanza y de Rivera a quien «se le conoce únicamente por los elogios que de él hizo don Miguel de Cervantes Saavedra en su Viaje del Parnaso y en la Galatea». (66) Este poeta llegó a ocupar el cargo de Alcalde Mayor de Sonsonate. Por muy absurda que parezca la inclusión de este tipo de figuras dentro del canon nacionalidad, su finalidad es consistente con el cometido de este proyecto historiográfico: apropiarse del prestigio de las figuras 'consagradas' aun a través de las asociaciones más peregrinas. Sin embargo, el hecho más destacado del período en *Desarrollo Literario de El Salvador* es la construcción en territorio salvadoreño de la primera (?) imprenta de América⁷, la impresión con ella de un opúsculo sobre el procesamiento del añil: *El Puntero apuntado con apuntes breves*

7 Sospechosamente, el autor no aclara la contradicción entre este dato, y el posterior sobre la introducción de la primera imprenta en 1824.

(1641) de Juan de Dios del Cid. (76) La selección de este evento intenta subrayar el supuesto carácter 'progresista' del 'espíritu' del pueblo salvadoreño, tesis que dará consistencia a esta propuesta historiográfica, es así como la sección dedicada a este autor es introducida por el siguiente párrafo:

«Cuando los pueblos necesitan expandirse o expresarse, buscan los medios adecuados. En el ser humano vibra el ansia por extenderse, comunicar ideas, establecer la relación. Nace de esto el anhelo de imprimir pensamientos... Pero si aquí no nació como en el Perú, un Inca Garcilaso de la Vega... ni un Pedro de Oña, chileno, el del Arauco Domado, ni un Pedro de Alba Ixtlilxochitl, mexicano, dio [El Salvador] en ese siglo XVII, un Juan de Dios del Cid forjador de la primera imprenta construida en América...». (76-77)

Gallegos Valdés, en cambio, es mucho más renuente en incorporar la producción literaria de este período en su propuesta. Cinco hojas le bastarán para comentarlo. Trae a cuento básicamente los mismos nombres que Toruño, aunque se menciona a Juan de Dios del Cid y al ser puesta en duda la fecha de su impresión se manifiesta más bien escéptico a aceptar la fantasía de que en El Salvador se construyera la primera imprenta del continente americano:

«... hay investigadores que opinan que esta obra pertenece al siglo XVIII por parecerles que el seis debe leerse como siete... El argumento más fuerte... es que en ella se menciona al doctor Francisco Suárez de Ribera, autor de una Clave Médica, publicada en Madrid en 1730, argumento incontrovertible, ya que no es posible hacer mención [en] un texto de mediados del siglo XVII [de] una obra aparecida casi un siglo después». (17)

El período siguiente, para Toruño lo comprende el período que antecede y sucede inmediatamente a la independencia. El siglo XIX representará la afirmación de una identidad propia:

«América, al independizarse de España, iba a transformarse y a variar el curso de procedimientos europeos. Al tomar la dirección de su propio destino con la herencia de un idioma, haría conocer lo que le pertenece, lo que le es propio y de lo que es capaz.» (88)

La ruptura con el período anterior se enuncia, más no se explica. El proceso independentista que es resultado de un conflicto, y que por lo tanto, tuvo que manifestarse en una encarnizada lucha ideológica, resulta totalmente aplanado por el recurso a la imagen organicista del 'desarrollo' del espíritu nacional. La imagen idílica que se ha construido de la colonia en el apartado correspondiente contrasta con párrafos como el siguiente:

«Aquella rebeldía cuzcatleca, al desatender las exigencias del conquistador en 1524, luchando por mantener su libertad, y peleando hasta sucumbir, se manifiesta a casi trescientos años después, al no seguir soportando la tutela de España. En el salvadoreño es inmanente la rebeldía. Volcánico el territorio, su producto étnico igualmente lo es». (89)

La operación en juego en este texto es la de reducir las tensiones resultantes de la marginación de las mayorías indígena y mestiza al proyecto independentista criollo, a un problema de 'inconsciente colectivo', de 'rebeldía inmanente' del espíritu nacional, que se deshistoriza, por añadidura, al identificarse con rasgos del paisaje, y de la Naturaleza.

Vale advertir que si se sigue la lógica del pensamiento evolucionista liberal, esta Naturaleza debe ser dominada y disciplinada.

Ambos estudiosos ven en los años de la independencia un período informe desde el punto de vista literario. La producción poética inmediatamente posterior a la independencia aparece sin «rumbo definido». (101) «Las generaciones no se aglutinaron hasta pasado el medio siglo. Dispersas las células que compondrían un cuerpo sobre que fijar un juicio se ocurre a colocar, con esa dispersión, nombres, modos, posibles direcciones, descripción de emotividades... apenas se pudo usar la libertad» (Ibid). «No sería demás repetir que, por la etapa en que se vivió hasta 1850, los escritores carecían de una verdadera orientación en la insipiente literaria, habiendo pocos que sí, sabían hacia dónde iban» (108). Gallegos Valdés resuelve el problema de la ausencia de escritores recuperando la oratoria como género literario, elabora, de esta manera, un recuento de los oradores más destacados hasta el presente. (23-32)

Tras la independencia y a medida que se implementa el proceso modernizador, la escena cultural adquiere, ante sus ojos, un dinamismo autónomo que viene dictado por las innovaciones estéticas europeas. Es así como discute con Menéndez y Pelayo sobre la existencia de un Romanticismo Hispanoamericano. Toruño sostiene que el romanticismo de este lado del Atlántico tiene el sello francés que es mucho más militante y progresista y no el sello ibérico que es más bien reaccionario y retrospectivo. Las generaciones literarias comenzarán a aglutinarse a medida que se digiera el romanticismo francés y que se adopten instituciones literarias modernas. (149-150)

Sin embargo, a pesar de que Toruño celebra que «[a]contecimientos políticos, bélicos o sociales, determin[e]n procedimientos literarios»(88); ello termina por devenir

la razón por la que le atribuye a la producción literaria del ‘romanticismo’ una menor valía que a la del Modernismo. Resulta evidente que le desagrada el tono militante y cívico de la época que se aleja de su ideal estético. Esta aparece ante sus ojos como ‘no profesional’ al estar directamente vinculada a las pugnas políticas: «El ambiente salvadoreño de época turbulenta, post-1827, caldeado por egoísmos pasiones, dolosidad, intransigencia y atolondramiento, con una poesía que no tomaba rumbo definido, al publicarse en los periódicos se reflejaba el clima de actualidad. Con seudónimos, o sin ellos, por temor a represalias, se leían los ‘párrafos verseros’ o deliberaciones en estrofas». (101)

Esta tendencia a descalificar lo cívico en favor de una expresión lírica de la intimidad se ve en muchas de las valoraciones que hace de escritores de este período. Niega que Isaac Ruiz Araujo sea el primer ‘romántico’ no sólo por razones cronológicas sino porque fue un letrado «que se esforzó por mejorar las condiciones sociales» en su obra periodística pero cuya poesía no hizo eco suficiente de los «europeos aires innovadores». (119) En otras palabras, el surgimiento de una “verdadera literatura” sólo podía darse en la medida que los escritores nacionales se integraran a la temporalidad de la literatura metropolitana y abandonaran sus anacrónicas expresiones polémicas.

Gallegos Valdés, en cambio, hace un esfuerzo mayor por distribuir a los escritores de esta época en una secuencia de períodos: Poesía neoclásica (33-40), Primera Generación Romántica (41-48) y Segunda Generación Romántica (49-58). Los neoclásicos son eco del neoclacismo español. Al hablar del romanticismo destaca el desfase en su adopción: «Dentro de este contexto, el acontecer de las letras en las recién fundadas repúblicas centroamericanas, una vez roto el pacto federal, tenía consecuentemente que ser pre-

cario, siendo más bien una actividad marginal y de ocasión, ya que la política y el espíritu revolucionario y de motín era lo predominante». (42) Se reconoce el aporte de un poeta español Velarde de escritura «altisonante y desmelenada». Velarde «fue a su modo un catalizador que precipitó la tendencia al subjetivismo del arte en libertad en un medio donde hasta entonces imperara un neoclasicismo trasnochado, alicorto y la verdad bastante pedestre». (43)

Para Toruño el momento culminante en el desarrollo literario del siglo XIX es el movimiento Modernista, este surge como toma de conciencia de la crisis del Romanticismo:

«Para 1880 el romanticismo estaba en plena ardentía en los países hispanoamericanos, aunque escritores que habían viajado a Europa poseían una visión diferente... ya en Francia... el Naturalismo de Zola y de los Goncourt había espantado a los caricatureros del sentimentalismo... El Salvador literario no había sentido aires de renovación... Poco se interpretaba la naturaleza ni se le daba otro rumbo al sentimiento sometido a dos polos: patriotismo altisonante y apasionamiento agudo y enfermizo». (133-134)

Dos cosas llaman la atención en este pasaje. El más evidente es la tendencia a ver en la sucesión de los 'ismos' europeos el dinamismo central en la evolución literaria, y consecuentemente, el aceptar la posición de subordinación cultural del país. El menos evidente, es el de ver en el distanciamiento gradual de la producción literaria de los problemas públicos un aspecto positivo y renovador. Ello se puede detectar en su análisis del papel jugado por el periodismo en el desarrollo literario. Toruño se manifiesta más que entusiasta en reconocer el papel central jugado por el periodismo en la constitución de

la escena literaria nacional, aunque a través de una inversión causal: «Encauzando la poesía por nuevas formas y al pensamiento impulsándolo con mayor amplitud, urgía que el periodismo tomara igualmente otra dirección». (188) Las nuevas formas estéticas y los eventos internacionales, desde esta perspectiva, provocan el surgimiento de un nuevo periodismo más profesional. Obviamente, por profesional entiende el modelo 'despolitizado' del nuevo periodismo norteamericano, que se opone al antiguo periodismo 'doctrinario': «argüióse la libertad sin divisas partidaristas». (189)

Es así como a juicio del autor el momento culminante de la literatura de fin de siglo es el aporte que Gavidia y Rubén Darío hacen al Modernismo Hispanoamericano:

«Así fue como se transformó la formalística española por la nueva del Modernismo que Rubén Darío abanderó gloriosamente dentro y fuera de América... Fueron ambos, Gavidia y Darío: el primero sorprendiendo la melodía interna, pero sin poder conducirla a la forma; el segundo interiorizándola en el alejandrino con musicalidad francesa». (183)

Alude el pasaje a la colaboración que hubo entre Gavidia y Darío, en su estancia en El Salvador, para solucionar problemas técnicos en la traducción del alejandrino francés, lo cual a su juicio le otorga a ambos un papel protagónico en la introducción del Modernismo en el mundo hispánico, pues debe recordarse que: «El Modernismo se tomó directamente de Francia; y de América pasó a España». (176) Puede verse así que la escena literaria adquiere contorno en la medida que marcha al compás de los grandes movimientos estéticos 'universales' europeos. El modernismo responde a un apetito de Modernidad que el autor no encuentra en lo absoluto problemático.

Para Gallegos Valdés el panorama no es muy distinto. La segunda generación romántica comprende a la generación de Gavidia y es la que da el paso al Modernismo. «La obra de Gavidia justifica del todo a esta generación, puesto que esa obra granó en frutos plenos, alcanzando subida categoría estética e intelectual, aparte de su labor original y señaladora en el campo de la métrica modernista y el valioso estímulo que él fue para el Rubén Darío de la iniciación» (49). El mito de Gavidia como ‘maestro’ de Darío se documenta ampliamente.⁸ En el tránsito del Romanticismo al Modernismo, tanto Gallegos Valdés como Toruño atestiguan el florecimiento de instituciones culturales a fines del siglo XIX y principio del XX (59-72).

La colaboración entre Gavidia y Darío significó, supuestamente, un aporte por parte de escritores centroamericanos a la métrica española. Este hecho y la labor intelectual desarrollada por Gavidia en El Salvador, lleva a los historiógrafos a postularlo como el fundador de las letras salvadoreñas. Esta afirmación, independientemente de sus motivaciones e implicaciones ideológicas, ha sido de aceptada por críticos ubicados en distintos puntos del espectro ideológico. David Escobar Galindo afirma en su *Índice de poesía salvadoreña*: «Con toda naturalidad se ha venido dividiendo nuestra historia poética en dos etapas: antes de Gavidia, después de Gavidia. Es lógico: Gavidia representa la primera culminación insoslayable, indubitable. Su humanismo trascendental (y con el verso como principal instrumento) es el primer clímax autoconsciente de la Cultura Salvadoreña» (8-9).

José Roberto Cea no disiente de lo anterior pues ve a Gavidia como: «el primero en preocuparse por nuestra nacionalidad. Se dio cuenta que sin tradición no puede existir cultura... Por ello se dedicó a la búsqueda de lo nuestro. Historió, y al hacerlo, sentó las bases de un posterior desarrollo. Claro, las generaciones posteriores que le sucedieron no comprendieron su labor, eso detuvo el desenvolvimiento de nuestra cultura. Ellos se fueron por las modas, lo facilón, lo que hace éxito...» (7-8).

Ya sea que Gavidia y el Modernismo sean vistos como ‘el momento de fundación’ o la ‘culminación’ de un proceso dentro de la literatura salvadoreña, lo cierto es que en las propuestas historiográficas examinadas constituyen un verdadero punto de inflexión. A partir de entonces, lo que se tiene es más bien una sucesión de escritores, cuya periodización atiende a criterios estrictamente generacionales. Es así como Gallegos Valdés se ve obligado a exponer su concepto de ‘generación literaria’ para explicar la generación de 1910-1915, la que sigue inmediatamente a los ‘modernistas’. El criterio de Toruño es bastante similar. El carácter polémico y político de la reivindicación de lo ‘autóctono’ y de las culturas indígenas por parte de los escritores de la primera mitad de este siglo queda totalmente diluido bajo la nomenclatura de generaciones. De esta manera, los conflictos estéticos e ideológicos se desdibujan como conflictos entre generaciones. Es así como a partir de este momento, aunque la nómina de escritores sea la más apretada, la narración que los enmarca es mucho más simple.

⁸ Este tema ha sido objeto de otro ensayo premiado en el Certamen Nacional de Cultura: Ibarra, C. H. **Francisco Gavidia y Rubén Darío, Semilla y Floración del Modernismo**. San Salvador: Ministerio de Cultura,

1957. La colaboración entre Gavidia y Darío ha sido reconocida por críticos hispanoamericanos como Anderson Imbert y Max Henríquez Ureña.

El problema de la periodización

El presente esbozo de la historiografía literaria salvadoreña pone en evidencia la pobreza de los modelos historiográficos vigentes y su deuda con una visión eurocentrista que no sólo obscurece la dinámica de los procesos culturales nacionales, sino que propone y legitima una posición de subordinación y marginación de estos últimos con respecto al movimiento universal de la “verdadera literatura”.

Esto plantea la urgencia de repensar drásticamente los procesos de formación de las literaturas nacionales de América Central. No basta señalar los límites del paradigma positivista que informa los intentos arriba discutidos; límites que por otra parte son claros: asistematicidad, incoherencia metodológica, etc. También es necesario romper con categorías históricas importadas acríticamente que carecen de todo poder de explicación. No tiene mucho sentido hablar de una secuencia entre Neoclasicismo, Romanticismo y Modernismo en un contexto donde las modas literarias tiran hacia la sensibilidad finisecular; los modelos recibidos por los escritores siguen estando marcados por el romanticismo y la literatura se continúa legitimando como saber integrado al sistema de las ciencias. Esto es lo que sucede por ejemplo con Francisco Gavidia y ello habla no de su desubicación como escritor, sino de la complejidad de vectores culturales y sociales en los que se ve obligado a construir su carrera intelectual.

Repensar la literatura

El presente esbozo de la historiografía literaria salvadoreña pone en evidencia la necesidad de repensar radicalmente el proceso de formación de nuestra literatura nacional. No

basta señalar los límites del paradigma positivista que informa los intentos arriba discutidos; límites por otra parte son claros: asistematicidad, incoherencia metodológica, etc. Lo prioritario es romper con la tendencia a calcar las categorías históricas europeas. Absurdo sería pretender que las literaturas latinoamericanas no nacen marcadas por ese norte, pero la singularidad de las condiciones concretas en que se da el proceso, muestra el limitado poder explicativo de categorías historiográficas empleadas por Toruño y Gallegos Valdes. Me refiero a categorías tales como neoclasicismo, romanticismo, etc.

Esbozo a continuación algunas de las ideas que permiten superar esta visión tradicional. Para comenzar, la aproximación de la que partimos, al asimilar los presentes desarrollos y debates en teoría e historia literaria y en las ciencias del lenguaje y la cultura, parte de una comprensión de la literatura no como un objeto sino como una práctica, como un modo de hacer, que se sitúa y se define en coordenadas históricas y sociales concretas. Los conceptos mismos de literatura y de literalidad (es decir lo que define la “cualidad de lo literario”) son históricos y nos obligan a ser cuidadosos de no extrapolarlos de forma abstracta a cualquier tiempo y cualquier lugar.

En definitiva, lo literario antes que una esencia es una manera de comprender y regimentar la producción del lenguaje. Aunque la palabra literatura es relativamente vieja —lo encontramos en el Medioevo refiriéndose al universo a la vez vasto y excluyente de lo escrito— el concepto que de ella manejamos en la actualidad es relativamente reciente. Proviene básicamente del romanticismo europeo (alemán, francés e inglés para ser más precisos) y de los intentos por estructurar el universo de la cultura secular en tres ámbitos diferenciados: la teoría o saber científico, la ética y la estética. También está íntimamente ligado al surgimiento de la im-

prenta y la industria de la cultura. El ámbito de lo literario como ámbito privilegiado de lo estético se refiere a ese espacio donde el sujeto individual puede desplegarse libre de determinaciones prácticas, donde puede darse su norma y ser libre. Simultáneamente, el aparato cultural de los estados modernos intentará en alguna medida apropiarse del espacio literario para la diseminación de efectos de identificación nacionalista, es decir de sujetos formalmente libres pero ideológicamente sujetos al poder.

Evidentemente, esta concepción de literatura tiene poco que ver, por ejemplo, con los autos sacramentales, donde lo fundamental es la difusión de valores religiosos o con el teatro barroco, parte del aparato publicitario de la monarquía absoluta.

Explícitamente nuestros países centroamericanos comienzan a hablar de la necesidad de poseer literaturas modernas, es decir nacionales, hacia el último cuarto del siglo XIX. No sólo hay una voraz apropiación de paradigmas estéticos de las literaturas más prestigiosas, sino un intento de trasplantar la literatura como aparato efectivo en la producción de nuevas naciones. Pero, si bien la inteligencia y la sensibilidad de los creadores literarios, probablemente era receptiva a las sutilezas de las creaciones más novedosas, tener una literatura moderna requería de otras cosas más. Las literaturas modernas suponen al menos las siguientes condiciones materiales: procesos de urbanización y racionalización de las sociedades más o menos extensos; el desarrollo de un mercado editorial con la concomitante ampliación del alfabetismo.

Y, no obstante que los países latinoamericanos eran sociedades agrarias de urbanización limitada o incipiente, con altos índices de analfabetismo y carentes — salvo algunas excepciones — de mercados editoriales, no sólo formarán literaturas nacionales en el siglo XIX, sino que al siglo XX ten-

drán logros en ese campo dignos de competir con lo mejor del mundo “culturalmente avanzado”. La literatura es una invención exótica que acaba por aclimatarse a estas latitudes, aunque no sin sufrir importantes hibridaciones.

Parte de ese proceso es el que consideramos importante comprender en una nueva concepción de la historia de la literatura salvadoreña. Por ello, se hace necesario prestar atención no sólo a los textos sino al entramado de instituciones, estructuras y relaciones imbricadas en el mundo literario de las últimas décadas del siglo XIX. Interesa por ejemplo ver las paradojas que tiene la adopción de un ideario de la literatura (y la producción intelectual, por extensión) libre y autónomo en un escenario donde las condiciones para esa libertad y autonomía están, sino impedidas, al menos seriamente limitadas. Más que recurrir a la tradicional periodización en escuelas o generaciones, consideramos preferible usar la categoría de sistema literario. Ella comprende no sólo obra y autores, sino una articulación de instituciones, prácticas y modos de hacer cultura.

Concluyo con una necesaria advertencia a los cometidos de la presente tarea. Se refiere a la trajinada cuestión —un tema discutido a la saciedad en la hermenéutica y la sociología intelectual— sobre si el contexto define y agota al texto. Decididamente me sitúo del lado de quienes defienden que todo gran monumento de la cultura, desde el momento en que trasciende su tiempo, excede a su circunstancia inmediata. La tarea de explicar a profundidad los textos fundamentales de una cultura excede con creces los alcances de enfoques como el presente. Ello es un esfuerzo más propio de la hermenéutica y la estética. Sin embargo, creo que un modesto esfuerzo de reconstrucción histórica del mundo literario puede aportar elementos de juicio para la interpretación del sentido de los textos y muchas cosas más.